

HISTORIA Y MEDICINA¹

DR. FERNANDO MARTÍNEZ-CORTÉS²

CADA VEZ con mayor frecuencia los médicos emprendemos trabajos históricos o seudo históricos sobre alguna de las diversas actividades o ideas que a través del tiempo han formado parte del saber y quehacer médicos. Pensamos que con saber medicina podemos dedicarnos, sin más, a trabajos históricos sobre dicha materia. Por desgracia este pensamiento es falso pues la Historia es una disciplina diferente a la Medicina que posee sus propios métodos, fines y criterios de verdad. En lo que toca al método, éste es bien distinto del experimental que es el que se emplea en la mayoría de las ciencias médicas como la fisiología, la bioquímica y otras. Es en la clínica donde existe cierta semejanza entre los métodos de esta disciplina y los de la historia; tal similitud se observa también en los fines que persigue el médico al estudiar a un enfermo y el historiador al ocuparse de determinado problema del pasado.

Bajo el término historia se reúnen tres significados distintos pero relacionados entre sí: el de Historia como he-

cho correspondiente al pasado; como disciplina o estudio de los acontecimientos pretéritos y como registro escrito de dichos acontecimientos.

Respecto a la primera acepción —la que considera a la historia como pasado— lo que este comprende no es histórico simplemente por el hecho de haber sucedido en otro tiempo, aún en el caso de que se trate de fenómenos de gran importancia. Cualquiera que sea su trascendencia, los fenómenos del pasado no son la historia misma sino el objeto formal de ésta, es decir, su material de estudio. Es el historiador quien con dicho material hace la Historia, entendida esta no como el simple devenir o acontecer en el tiempo sino como la interpretación humana, hecha de acuerdo con ciertas reglas, de este conjunto de fenómenos que han acontecido en un tiempo anterior al del historiador.

Ahora bien, la historia propiamente dicha —que es a la que se refiere la segunda acepción del vocablo— se ocupa de los hechos pasados, pero solo de aquellos que son producto del hombre; es, por tanto, una disciplina cuyo objeto de estudio forma parte de la cultura, entendida como el conjunto de realizaciones humanas ya sea materia-

¹ Trabajo presentado en la sesión ordinaria del 25 de septiembre de 1968.

² Académico numerario. Hospital General de México.

les o espirituales, expresadas en objetos de la más diversa índole o plasmadas en leyes, conductas, hipótesis o mitos.

La tercera acepción de la palabra historia se refiere al registro escrito del pasado, actividad que se ha considerado erróneamente dentro del género literario porque en ocasiones es fruto de la imaginación del autor en vez de ser resultado del análisis científico de los hechos a que se refiere.

La acepción de Historia como estudio metódico y ordenado del pasado tendiente a encontrar la causa o causas de los hechos, de establecer las relaciones entre estos y hasta, como quieren algunos autores, establecer leyes generales y poder predecir o anticipar lo que sucederá en el futuro, es la que corresponde propiamente a la Ciencia de la Historia la que, como veremos posteriormente, tiene ciertas particularidades semejantes a las de la clínica científica, de las que nos ocuparemos posteriormente.

La ciencia de la Historia tal como la acabamos de explicar en rasgos muy generales, es relativamente reciente; sin olvidar algunos intentos anteriores al siglo XIX, existe acuerdo general en que fue durante dicha centuria cuando se precisaron las reglas o procedimientos que han convertido la historia en una ciencia con características especiales.

Cuando se pasó del simple relato del pasado a su interpretación se usaron para designar a esta nueva actividad los términos de Filosofía de la Historia. Ahora, la primitiva Filosofía de la Historia ha pasado a ser la Historia misma

y por lo tanto toca a la concepción moderna de aquella rama del saber humano; consideran los autores que su misión es reflexionar sobre el modo de pensar de los historiadores (Collingwood).

Hemos dicho que el objeto formal de la historia es el pasado cultural. Los testimonios de dicho pasado son las llamadas fuentes históricas; ellas son el objeto concreto del interés del historiador. De su identificación precisa y correcta interpretación depende el valor de todo trabajo histórico.

Todo aquello que directa o indirectamente da noticia de los acontecimientos pasados recibe el nombre de fuente histórica y las hay de la más diversa índole: edificios, esculturas, pinturas, utensilios, vestidos, documentos, etc. Las fuentes son como los síntomas en la medicina clínica: sólo adquieren significado ante una persona entendida. Además, que tengan o no significación frente a determinado historiador también depende, en cierto modo, de los intereses de este. Por ejemplo, es posible que el historiador de la medicina prehispánica no tome en cuenta como fuente al insecto *axin* del que los náhuas extraían cierto aceite usado en sus barnices; en cambio, este dato es fuente de primerísima importancia para los historiadores interesados en la artesanía del México antiguo.

Por la gran diversidad de características de las fuentes históricas éstas se han dividido de diferentes maneras que no viene al caso señalar; recordemos tan solo que hay fuentes con intención histórica y fuentes sin intención histó-

rica. Estas últimas son los documentos, utensilios, piezas de cerámica, etc., que no han sido hechos con el fin de registrar acontecimientos pasados pero que, no obstante, sirven al historiador para sus investigaciones. Las fuentes con intención histórica son todas aquellas obras hechas con el objeto ya sea nada más de describir o relatar hechos pasados, o bien trabajos históricos propiamente dichos.

Conviene también recordar que las fuentes pueden ser originales o de primera mano y derivadas o de segunda mano. No hace falta llamar la atención sobre el valor de unas y otras pues es evidente que las primeras ofrecen más seguridades al estudioso de la historia y es su consulta la que otorga seriedad a sus trabajos; por eso no es aconsejable recurrir a las fuentes derivadas o de segunda mano sino solamente en aquellos casos en los que es imposible estudiar las originales.

Cuando las fuentes de segunda mano son libros u otro tipo de escritos, conviene tener en cuenta cuál fue la intención que tuvo el autor al ocuparse del asunto, así como su formación cultural, ya que estos factores pueden alterar en mayor o menor proporción el asunto original. Un ejemplo de la deformación de la realidad debida a las ideas de quien la describe, es la división que en su "Historia de las cosas de Nueva España" hace Sahagún de los médicos náhuas en "buenos" y "malos" pues el criterio que usa para tal diferenciación es derivado de su religión: son médicos "malos" los que el

ilustre franciscano consideró aliados al demonio.

El método a seguir en el estudio de una fuente histórica comprende dos pasos fundamentales: a) su identificación precisa y b) su interpretación correcta. La identificación se lleva a cabo al puntualizar los caracteres que clásicamente se han llamado intrínsecos y extrínsecos, entendiendo por los primeros a los caracteres que le pertenecen a la fuente como objeto: forma, tamaño, material de que está hecha, etc. En lo que toca a las características extrínsecas, cuya importancia no es menor a la de las primeras, son entre otras, las que permiten situar a la fuente dentro de cierta cultura, en determinado lugar y en tal o cual tiempo.

La identificación de las fuentes a través de sus dos grupos de características sólo puede hacerse con cierta preparación que varía importantemente según el tipo de fuentes con que se trabaja: la paleografía, la arqueología, la antropología y el conocimiento de idiomas son unos cuantos ejemplos de las disciplinas que se necesitan conocer para estudiar correctamente las fuentes históricas.

Una vez que la fuente ha sido identificada, llega el momento de interpretarla. Para llevar a cabo correctamente dicha labor es indispensable conocer el ambiente social, cultural y físico al que pertenece o donde se ha producido la fuente. Conviene también identificar a los suprafenómenos o superfenómenos de esa cultura. Que son, como se sabe, aquellos que por su situación y relaciones de influencia sobre los demás, pue-

den considerarse a manera de centros alrededor de los cuales giran las demás manifestaciones culturales, las que o bien se han originado en dichos centros —por lo que poseen una o varias características en común— o aún teniendo otro origen, al disponerse alrededor de los suprafenómenos éstos les imprimen su sello con más o menos fuerza.

Así como el médico especialista no es el que desconoce lo general, pues tal cosa conduciría a deformaciones monstruosas tanto en el juicio como en el proceder, es necesario que el historiador de la medicina posea un conocimiento general de la historia, de la cultura, para así poder situar dentro de este contexto los datos motivo de su particular interés. No es necesario un estudio extensivo de la historia general; basta tener una visión global y, eso sí, bien identificados los suprafenómenos, que pueden ser uno o varios.

Una vez trazado el método histórico en sus líneas más generales conviene ocuparnos de algunos aspectos de la disciplina de la historia. Empezaremos por ver si ésta es una ciencia y si, en caso de serlo, tiene caracteres comunes con las ciencias de la medicina puesto que de ser así, el médico estaría preparado para llevar a cabo correctamente estudios históricos aunque no necesariamente esté consciente de dicha preparación, pues aquí como en otros campos del saber humano, el científico aplica conceptos y sigue preceptos metodológicos correctos aún sin percatare de ello.

Si por ciencia entendemos a todo grupo sistematizado de conocimientos

que se alcanzan mediante métodos bien definidos y están sujetos a determinados criterios de verdad, no hay duda que la historia es una ciencia. Ahora bien, la Historia no es una ciencia experimental como lo son la fisiología, la bioquímica y otras disciplinas biológicas aplicables al ejercicio de la Medicina.

Hay otra diferencia más que conviene señalar. En las ciencias biológicas el *desideratum* es encontrar leyes generales en las que quepan todos los fenómenos observados; el caso particular sólo es tomado como un simple ejemplo o manifestación de esas leyes generales. El científico trata, por tanto, de no fijar su atención en el caso aislado si no es para encontrar en él lo que dictan las leyes generales o para, por medio del estudio de ese fenómeno aislado, llegar a la postulación de dichas leyes.

En la historia según la concepción positivista y materialístico-dialéctica, existe esta tendencia de considerar a los hechos del pasado como simples manifestaciones de leyes generales lo que permitiría, de acuerdo con estas escuelas, no sólo entender el pasado sino interpretar adecuadamente el presente y planear el porvenir.

Existen otros puntos de vista menos ambiciosos y al mismo tiempo más completos en otros aspectos. En efecto, hay quienes piensan que si bien la historia puede guiarse por leyes generales, el historiador no debe tomar los hechos individuales como trampolín para llegar a esas leyes ni como simple manifestación de dichos preceptos. En cuanto estudio de las obras humanas, la His-

toria ofrece muchas variantes que no cumplen con el rigor de las leyes de las ciencias de la naturaleza; por otra parte, juzgada pragmáticamente, la Historia debe detenerse en el caso individual, analizarlo con la mayor extensión y profundidad posibles para interpretarlo de la manera más apegada a la verdad histórica.

De acuerdo con lo que acabamos de decir, la historia es una ciencia con características especiales pero no exclusivas; contrariamente a lo que sucede con las ciencias biológicas, aquella se interesa fundamentalmente por el caso individual el cual trata de conocer en sus más amplios detalles, de descubrir sus causas y de predecir sus consecuencias. No lo ve como una simple manifestación de una ley general ni mucho menos como algo rígidamente sujeto al determinismo que se observa en las ciencias de la naturaleza. Es en este aspecto en donde, a nuestro parecer, existen puntos de contacto entre la labor del historiador y la del clínico.

Al reflexionar sobre como piensa el clínico al buscar, identificar e interpretar los síntomas, caemos en la cuenta de que su labor es semejante a la del historiador. La filosofía de la clínica, en efecto, tiene muchos contactos con la filosofía de la historia tal como ahora se le concibe. El clínico como el historiador se guía por leyes generales; ambos deberán tener una sólida preparación científica que, desde luego, debe ser en campos diversos. Ciertamente, no es posible hacer clínica sin el conocimiento de las materias llamadas básicas, puesto que los síntomas —que son

equiparables a las fuentes del historiador—, sólo significan algo para quien sabe descifrar su lenguaje, para quien está capacitado para ver en ellos la expresión o exteriorización de otros fenómenos pertenecientes a la fisiología, la bioquímica, la anatomía, etc.

Si el hombre fuera nada más Naturaleza y si la Medicina clínica no tuviera un fin eminentemente pragmático o utilitario de acción inmediata e individual, la clínica se parecería más a las matemáticas que a la Historia. No olvidemos que el hombre no debe estudiarse ni entenderse nada más con los criterios de las ciencias biológicas, sino que habrán de aplicarse, además, los correspondientes a la psicología, la sociología y hasta los de la historia misma.

No olvidemos tampoco que la clínica como la historia nos pone enfrente de problemas humanos y que la conducta que la sociedad espera del clínico, y la cual le da a éste un lugar preciso dentro de aquella, es la de resolver, del mejor modo posible, el problema de la enfermedad.

La experiencia clínica es, en cierto modo, experiencia histórica; es el análisis de cada caso individual el que le permite al clínico, siempre descansando en las ciencias básicas, resolver nuevos casos concretos.

Sólo hemos esbozado algunos aspectos de este punto de unión entre la medicina y la historia el cual puede ser, aunque no nos percatemos de ello, el que incita al médico a pensar históricamente y le facilita la ejecución de

trabajos históricos; es en la clínica donde fácilmente se puede pasar de la *historia clínica* a la *clínica de la historia*, entendiendo por ésta no un simple re-

lato de los acontecimientos del pasado sino un diagnóstico de éste con miras a entender los problemas del presente y quizá también del futuro.

COMENTARIO OFICIAL

DR. GERMÁN SOMOLINOS-D'ARDOIS¹

COINCIDIÓ sobre mi mesa el original del Dr. Martínez Cortés con dos libros. En uno, Julio Caro Baroja, antropólogo, amigo antiguo y eminente historiador, escribe: "de los historiadores médicos o de los médicos historiadores, Dios libre a sus criaturas de caer en manos de uno de estos galenos, para los que todo son perlesías y podagras, cálculos, cólicos, insuficiencias hormonales, úlceras y males venéreos de los más temibles y terribles, heredados o adquiridos por propios méritos".¹ En el otro, Pedro Laín Entralgo,² también amigo, y tan eminente historiador como Caro Baroja, dedica varias páginas a demostrar como precisamente el médico —que en ese caso es Marañón—, tiene por sus conocimientos biológicos, por su contacto directo con la vida, con el hombre y sus problemas comprendidos de forma humana, una especial preparación para enfrentarse al problema de la historia que, en el fondo, no es otra cosa que estudio e interpretación del hombre y sus hechos.

La contradicción no puede ser más palpable. Y en los dos trabajos se marcan claramente las distintas posiciones con que desde antiguo se han considerado, por amigos y enemigos, los escritos históricos brotados de la pluma del médico. La discrepancia no creo pueda tener solución por el momento. En el fondo es un problema de criterio, y

el criterio —norma para conocer la verdad, juicio o discernimiento del que juzga— es muy difícil de modificar, sobre todo cuando por detrás del propio criterio revolotean los insectos menores de la pasión, la malquerencia o la envidia.

Por eso el escrito del Dr. Martínez Cortés es muy oportuno. Nos enseña como el médico, por el solo hecho de serlo, no puede llegar a historiador, pero también nos recuerda las facilidades que el médico por razón de su oficio, tiene para internarse en la historia.

Los estudios históricos tienen una técnica y su práctica, en ocasiones mucho más difícil que la clínica, debe aprenderse machacando, lo mismo que se aprende la auscultación o la interpretación electrocardiográfica. El médico que no lo hace así podrá escribir relatos históricos, casi siempre más literarios que profundos y podrá quedar incluido en cualquiera de los dos grupos en que Marañón clasificó a los médicos que escribimos historia. Aquellos que lo hacen *por evasión*, para disimular su cansancio o su poca afición a la medicina y los que escriben *por rebosamiento*, porque su talento o su capacidad sobrepasa al ejercicio clínico más brillante. Pero si quiere hacer historia, verdadera historia, necesitará aplicarse a la técnica de esta especialidad. Investigar las fuentes, interpretarlas, como decía el Dr. Martínez Cortés, y crear ante los ojos del espectador actual la

¹ Académico numerario.